

noche. Siguió el boulevard exterior hasta los Inválidos para no tener que atravesar las estrechas calles del centro de la capital, y después se encaminó por los malecones hasta las puertas de las Tullerías. El pueblo de París ignoraba su llegada y no fueron testigos de esta extraña y prodigiosa restauración imperial más que algunos curiosos y la multitud de oficiales reunidos en la plaza del Carrousel.

El coche penetró en el patio de palacio sin que al pronto nadie supiese quién iba dentro de él; pero bastó un minuto para que todos se enterasen, y entonces Napoleón arrancado, por decirlo así, de las manos de MM. Caulaincourt, Bertrand y Drouot, fué llevado en triunfo por los oficiales de reemplazo, que estaban henchidos de una alegría delirante. Un grito formidable de *viva el emperador!* anunció su llegada á la multitud de altos funcionarios que llenaban las habitaciones de las Tullerías. Acto continuo se precipitaron todos hacia la escalera y formando una afluencia contraria á la de los oficiales que subían, estuvo á punto de producirse un conflicto casi alarmante, porque por poco no se ahogan unos á otros y sofocan al mismo Napoleón. Le llevaron en triunfo hasta la meseta principal prorrumpiendo en gritos frenéticos, y él, no pudiendo dominar la emoción que experimentaba, dejó correr por la primera vez de su vida algunas lágrimas, y cuando le depositaron en el suelo los que le llevaban en brazos echó á andar sin reconocer á nadie, abandonando sus manos á los que las estrechaban, las besaban y las martirizaban con los testimonios de su entusiasmo. Pasados algunos instantes recobró sus sentidos, reconoció á sus fieles servidores, los besó, y después sin descansar ni un solo instante se encerró con ellos para formar un ministerio.

Así, pues, en veinte días, desde el 1.º al 20 de marzo, cumplió su extraña profecía de que el águila imperial *volaría sin detenerse de campanario en campanario hasta las torres de Nuestra Señora*. Nada en la vida de Napoleón había sido más extraordinario ni más difícil de explicación en apariencia, por más que en realidad pudiese explicarse fácilmente. Los desventurados Borbones que se alejaban achacaban esta revolución, no á sus faltas, sino á una inmensa conspiración, que, á dar crédito á sus palabras, tenía ramificaciones en toda la Francia. Pero, como hemos visto, esta conspiración no existía en modo alguno.

Es cierto que había existido un insignificante proyecto imaginado por algunos jóvenes oficiales engañados por Mr. Fouché, proyecto de tan escasa importancia que al ser ejecutado con el poderoso estímulo del desembarco de Napoleón, fracasó por completo; pero este proyecto nada tenía que ver con la isla de Elba, puesto que Mr. de Basano, que se enteró de él sin asociarse á los que trataban de ponerlo en ejecución, notició á Napoleón el descontento público sin añadir á su noticia el más mínimo consejo. Napoleón, poco estimulado por esta comunicación, esperando de un momento á otro ser sacado por fuerza de la isla de Elba, ver á sus compañeros de destierro morir de fastidio ó miseria, y creyendo disuelto el congreso, se decidió á partir, movido más que por nada por su devoradora actividad, por su extraordinaria audacia, y contando

para atravesar el mar con su fortuna, y para atravesar la Francia con los sentimientos que los Borbones habían maltratado. Toda la profundidad de su concepción había consistido en juzgar de una manera segura que el sentimiento nacional representado por el ejército, que los sentimientos del año 89 representados por el pueblo de las campiñas y de las ciudades estallarían á su vista; que desde entonces, habiendo vencido el primer peligro, arrastraría detrás de sí al pueblo y al ejército y llegaría sin detenerse á París acompañado por los soldados enviados para combatirle. Se embarcó, pues, con su fe habitual en su buena estrella, atravesó felizmente el mar, desembarcó sin dificultad en una costa guardada apenas por algunos aduaneros; después, entre dos caminos, el de los Alpes sembrado de obstáculos físicos, el del litoral lleno de obstáculos morales, prefirió el primero, y encontrando en La Mure un batallón dudoso, le decidió en su favor presentándole su pecho con un arrojo inusitado. ¡Aquel día conquistó la Francia, y Napoleón volvió á subir á su trono! Así, pues, un acto de previsión que consistía en leer en el corazón de la Francia, maltratado por los emigrados; un acto de audacia que consistía en arrastrar tras sí á un batallón dudoso entre el deber y sus sentimientos, fueron, con las torpezas de los Borbones, las verdaderas causas de esta extraña revolución, harto común, preciso es decirlo, por más extraordinaria que á todos pareciese. ¿Era posible que el antiguo régimen y la revolución, volviendo á hallarse frente á frente en 1814, permaneciesen sin agarrarse todavía una vez cuerpo á cuerpo para entregarse al último y formidable combate? Seguramente no, y una nueva lucha entre estas dos potencias era de todo punto inevitable. También es verdad que al mezclarse en ella, Napoleón le daba proporciones europeas, es decir, gigantescas. Sin él quizá esta lucha hubiera sido menos pronta; acaso no hubiera provocado la intervención extranjera; pero de todos modos era de sentir para siempre, que siendo desde luego inevitable, la agravase más aún su presencia. Sin embargo, esta cuestión es dudosa; y probablemente el extranjero, al ver á los Borbones destronados por los regicidas se hubiera visto tan inclinado á intervenir en este asunto como al contemplar el irritante rostro del vencedor de Austerlitz.

De cualquier modo, en medio de la loca alegría de los unos, de la natural consternación de los otros, los patriotas ilustrados, que hubieran deseado que la libertad moderada, interponiéndose entre el antiguo régimen y la revolución hubiera logrado convertir el conflicto en pacíficas y legales luchas, y que este conflicto no fuese un último duelo á muerte entre la Francia y la Europa; los patriotas ilustrados, decimos, estaban profundamente entristecidos. También la clase media, que contaba en su seno mayor número de estos patriotas que las demás clases, sin sentir la partida de los emigrados, sin rechazar á Napoleón que les agradaba por su gloria, vivía insegura, inquieta, sin lágrimas en los ojos, sin alegría en el semblante y casi sin curiosidad, porque preveía las tristes consecuencias que ya había visto en otras ocasiones, y que la alarmaban con extremo. ¡Los sucesos no debían tardar en justificar sus dolorosos presentimientos!

LIBRO QUINCUGÉSIMO OCTAVO

EL ACTA ADICIONAL

Lenguaje pacífico y liberal de Napoleón en sus primeras conversaciones. - Elección de sus ministros decidida en la misma noche del 20 de marzo. - El príncipe Cambaceres provisionalmente encargado de la administración de la Justicia; el mariscal Davout nombrado ministro de la Guerra; el duque de Otranto de la Policía; el general Carnot del Interior; el duque de Vicence de Negocios extranjeros, etc. - El conde de Lobau nombrado comandante de la primera división militar, con la misión de restablecer la disciplina en los regimientos que debían casi todos atravesar la capital. - El 21 de marzo, por la mañana, comienza á ocuparse Napoleón de los negocios y se apodera de todas las riendas del gobierno. - ¿Debió aprovecharse del impulso de sus triunfos para invadir la Bélgica y dirigirse de un golpe sobre el Rin? - Razones perentorias contra esta resolución. - Napoleón decide detenerse y organizar sus fuerzas militares, ofreciendo la paz á la Europa y tomando por base de su ofrecimiento el tratado de París. - Orden dada al general Exelmans para seguir con tres mil caballos la retaguardia de la corte fugitiva. - Estancia de Luis XVIII en Lille. - Acogida fría pero respetuosa de las tropas. - Consejo al que asisten el duque de Orleans y algunos mariscales. - El duque de Orleans aconseja al rey que vaya á establecerse en Dunkerque. - Luis XVIII aprueba al principio este dictamen, pero después cambia de resolución y se retira á Gante. - Las tropas y los mariscales le acompañan hasta la frontera, negándose á seguirle más allá. - La servidumbre militar del rey recibe su licencia. - Pacificación del Norte y del Este de la Francia. - Breve aparición del duque de Borbón en la Vendée, y su pronta retirada á Inglaterra. - La política de los jefes vandeanos es esperar una guerra general antes de probar á tomar las armas. - La duquesa de Angulema se detiene en Burdeos, donde la población parece dispuesta á detenerla. - El general Clausel es encargado de someter á Burdeos á la autoridad imperial. - Mr. de Vitrolles procura establecer un gobierno real en Tolosa. - Viaje del duque de Angulema á Marsella. - Este príncipe reúne algunos regimientos para dirigirse contra Lyon. - Los trastornos en el Mediodía apenas alarman á Napoleón, que considera á la Francia como definitivamente pacificada con la partida de Luis XVIII. - A pesar de manifestar los sentimientos más pacíficos, Napoleón, seguro de que habrá guerra, comienza á hacer en grande escala sus preparativos militares. - Concibe y ordena su plan desde el 25 al 27 de marzo. - Formación de ocho cuerpos de ejército, con el título de cuerpos de observación, de los cuales cinco son los primeros destinados á operar entre Maubeuge y París. - Reorganización de la guardia imperial. - Para no tener que recurrir á las quintas, llama Napoleón á los que gozan de licencias semestrales, á los militares con licencia ilimitada, y se lisonjea de reunir de este modo cuatrocientos mil hombres en los cuadros del ejército activo. - Se reserva el recurso de llamar más tarde á las quintas de 1815, para lo cual no cree necesitar la promulgación de una ley. - Los oficiales de reemplazo son destinados á formar los 4.º y 5.º batallones. - Napoleón moviliza doscientos mil hombres de guardias nacionales escogidos, á fin de confiarles la defensa de las plazas y de algunos puntos de la frontera. - Creación de talleres extraordinarios de armas y de vestuario, y restablecimiento del depósito de Versailles. - Armamento de París y de Lyon. - La marina es llamada á contribuir á la defensa de estas importantes capitales. - Después de dictar estas órdenes envía Napoleón algunas tropas al general Clausel para que someta á Burdeos, y manda al general Grouchy á Lyon para reprimir las tentativas del duque de Angulema. - Recepción, el 28 de marzo, de los grandes cuerpos del Estado. - Renovación, con una fórmula más solemne, de la promesa de mantener la paz y de modificar profundamente las instituciones imperiales. - Pronta represión de las tentativas de resistencia en el Mediodía. - Entrada del general Clausel en Burdeos y embarco de la duquesa de Angulema. - Arresto de Mr. de Vitrolles en Tolosa. - Campaña del duque de Angulema en las riberas del Ródano. - Capitulación de este príncipe. - Napoleón le hace embarcarse en Cette. - Sumisión general al imperio. - Continuación de los preparativos de Napoleón y formación de un 9.º cuerpo. - Situación de la Europa. - Niéganse en Viena á recibir los correos de gabinete franceses. - Exaltación de los ánimos. - Declaración del congreso, el 13 de marzo, por la cual es declarado Napoleón fuera de la ley de las naciones. - Esta declaración es enviada por correos extraordinarios á todas las fronteras de la Francia. - Separan al rey de Roma de María Luisa, y obligan á esta princesa á decidirse por Napoleón ó por la coalición. - María Luisa renuncia á su esposo, y consiente en permanecer en Viena bajo la custodia de su padre y de los soberanos. - Al saber el congreso el triunfo completo de Napoleón y su entrada en París, renueva la alianza de Chaumont por medio del tratado del 25 de marzo. - El duque de Wellington, aunque sin recibir instrucciones de su gobierno, no titubea en comprometer á la Inglaterra y firma el tratado del 25 de marzo. - Plan de campaña y proyecto de enviar ochocientos mil hombres contra Francia. - Dos divisiones principales, una al Este, mandada por el príncipe de Schwartzberg, y otra al Norte, mandada por lord Wellington y Blücher. - Partida de lord Wellington para Bruselas, y remisión del tratado del 25 de marzo á Londres. - Situación de los ánimos en Inglaterra. - La masa de la nación inglesa, cansada de la guerra, descontenta de los Borbones, y creyendo en las reiteradas declaraciones de Napoleón, desea que el gobierno se aproveche de sus pacíficas disposiciones. - El gabinete, decidido á ratificar los compromisos contraídos por lord Wellington, pero embarazado por el estado de la opinión pública, toma el partido de disimular ante el parlamento, y le propone un mensaje engañoso, que sólo anuncia simples precauciones, mientras que se ratifica en secreto el tratado del 25 de marzo, pronunciándose de este modo por la guerra. - Discusión y adopción del mensaje en el parlamento, en la creencia de que no es cuestión más que de tomarse algunas precauciones. - Dos miembros del gabinete británico son enviados á Bélgica para ponerse de acuerdo con lord Wellington. - Situación de la corte de Gante. - Violencias de los alemanes y amenazas de dividirse la Francia. - Lord Wellington se esfuerza en calmar estos ímpetus, y á pesar de la impaciencia de los prusianos, impide que se comiencen las hostilidades con la concentración de todas las fuerzas coligadas. - Napoleón, en presencia de las declaraciones de la Europa y no queriendo disimular más tiempo, se decide á decir toda la verdad á la nación. - Publicación, el 13 de abril, del informe de Mr. de Caulaincourt, en donde se exponen sin reserva las humillaciones que se han sufrido. - Revista de la guardia nacional y lenguaje enérgico de Napoleón. - Napoleón redobla su actividad en los preparativos militares y hace insertar en el *Monitor* los decretos relativos al armamento de la Francia, que hasta entonces habían sido puestos en ejecución sin darles publicidad. - Tristeza de Napoleón y del público. - Napoleón se resuelve por fin á cumplir su promesa de modificar las instituciones imperiales. - No titubea en ofrecer pura y simplemente la monarquía constitucional. - Su opinión sobre las diversas cuestiones relacionadas con esta grave materia. - No quiere convocar una constituyente, por miedo de tener en plena

guerra una asamblea revolucionaria que cohiba su acción. — Se decide á redactar por sí mismo ó á mandar redactar una nueva constitución, para presentarla á la adopción de la Francia. — Habiendo sabido que Mr. Benjamín Constant ha permanecido oculto en París, le llama y le confía la redacción de la nueva constitución. — Napoleón se muestra de acuerdo en todos los puntos con Mr. Constant, excepto en el de la abolición de la confiscación, la dignidad de par hereditaria y el título de la nueva constitución. — Napoleón quiere absolutamente calificarla de *Acta adicional á las Constituciones del Imperio*. — El proyecto pasa al consejo de Estado, y Mr. Benjamín Constant es nombrado consejero para defender su obra. — Redacción definitiva y promulgación de la nueva constitución bajo el título de *Acta adicional*. — Carácter de la citada Acta.

Durante la noche del 20 de marzo presentó el palacio de las Tullerías el espectáculo de una alegría confusa y ruidosa, que el respeto, siempre muy aminorado por las revoluciones, no contenía ya; causado por encuentros fortuitos de personajes que no se habían visto desde hacía un año, y que no creían volverse á ver en aquel palacio. Desde el instante en que se aparecía uno en el que se había dejado de pensar y que poseía el mérito entonces muy raro de no haber obtenido ningún favor de los Borbones, se le aplaudía olvidando la majestad del sitio en que se hallaban y del señor que había tornado á habitarle. Se vió con mucho interés desfilar á través de las filas apretadas de aquella multitud á la reina de España y la reina Hortensia: ésta, como hemos dicho, protegida por el emperador Alejandro, había permanecido en París, donde había obtenido para sus hijos el ducado de Saint Leu. El emperador, afectuoso para con todos los asistentes sólo fué severo para con ella. «¡Vos en París!, dijo al apercibirla: vos sois la única persona á quien no hubiera querido hallar aquí. — He permanecido, le respondió llorando, para cuidar á mi madre. — Pero después de la muerte de vuestra madre... — Después de su muerte, he hallado en el emperador Alejandro un protector para mis hijos, y ¡me he esforzado en asegurar su porvenir!... — ¡Vuestros hijos!... Mejor les convendría la miseria y el destierro que la protección del emperador de Rusia. — Pero vos, señor, ¿no habéis consentido en que el rey de Roma debiese el ducado de Parma á la generosidad de este príncipe?» No contestando nada á este argumento perentorio, Napoleón continuó diciendo: «Y vuestra demanda, ¿quién os la ha aconsejado? (La princesa había litigado ante los tribunales franceses para disputar sus hijos á su marido.) Os han hecho descubrir miserias de familia que debían ocultarse y habéis perdido sin embargo vuestro pleito... Os está bien empleado...» No tardando en sentir esta severidad, y abriendo los brazos á una hija adoptiva á quien amaba, Napoleón la besó diciéndola: «Soy buen padre, vos lo sabéis, no hablemos más de eso... ¿Conque habéis visto morir á la pobre Josefina? En medio de nuestros desastres su muerte me destroza el corazón...» Terminada esta breve explicación, Napoleón se convirtió para con la reina en el padre más afectuoso y continuó mostrándose de este modo durante su permanencia en Francia.

Después se vió llegar al príncipe Cambaceres, estropeado, envejecido, sin poder apenas sostener su alegría, y á Mr. de Basano, más entusiasmado aún por volver á encontrar á su señor que por recobrar el favor soberano. Napoleón acogió al primero con la consideración que siempre había manifestado hacia su alta prudencia, y al segundo con una amistad comunicativa. Habló largamente con los dos, y después tocó su vez á los duques de Vicence, de Gaeta, de Rovigo, Decrés, los condes Mollién, Regnaud de Saint Jean d'Angely, Lavallette

y Defermón. Un murmullo favorable conforme á su reciente conducta saludó á estos diversos personajes. Cuando se presentó el mariscal Davout, á quien su memorable defensa de Hamburgo y su proscripción habían conquistado el cariño de los bonapartistas, estallaron ruidosos aplausos, y fué preciso recordar á los asistentes que no se hallaban en un paraje público.

Napoleón no había visto al mariscal desde su lúgubre separación en Smorgoni en 1812 cuando abandonó el ejército inferior del Elba, y encerrado después en Hamburgo, había hecho ondear en esta plaza la bandera tricolor hasta el final del mes de abril enfrente de todos los ejércitos europeos, y cuando volvió á París hacía ya dos meses que reinaban los Borbones. Napoleón le abrazó, le felicitó por su gloriosa defensa de Hamburgo, le habló de su memoria justificativa, aplaudiéndola mucho, y añadió maliciosamente: «He visto con placer al leer vuestra memoria que mis cartas os han sido útiles...» El mariscal había efectivamente citado para justificarse algunos fragmentos de las terribles cartas que Napoleón le había escrito desde Dresde, omitiendo sin embargo los que proscribían rigores excesivos, que por lo demás no habían sido puestos en ejecución. «No he citado, respondió el mariscal, más que una parte muy pequeña de las cartas de V. M. porque os hallabais ausente... Hoy las citaré por completo.» Napoleón se sonrió al oír esta respuesta, y demostró al mariscal la mayor estimación.

No tardó en aparecer un personaje completamente distinto de los anteriores, á quienes los imbéciles cortesanos se apresuraron á conducir á presencia del emperador como el hombre cuya adhesión era de mayor precio: este personaje era el duque de Otranto. A fuerza de representar el papel de hombre necesario, Mr. Fouché llegó á serlo en realidad á los ojos del público, y le consideraban como el autor de la pretendida conspiración cuyo triunfo parecía ser el espectáculo de cuanto estaba sucediendo: funesta quimera, en la que los bonapartistas tenían la tontería de creer, que los emigrados fugitivos se prometían castigar con sangre, y que debía hacer caer las cabezas más ilustres. Los cortesanos de que hemos hablado abultaron á los ojos de Napoleón los servicios, hasta los peligros que Mr. Fouché había corrido, y al divisarle le gritaron: ¡Dejad pasar al duque de Otranto!, como si este personaje hubiese debido conducir encadenados á los pies de Napoleón á todos los partidos de los que se le suponía el secreto motor. Napoleón no se hacía la ilusión que llenaba la mente de los demás, pero comprendiendo la necesidad que tenía de complacer á todo el mundo, recibió á Mr. Fouché como á un antiguo amigo de la revolución y del imperio, introduciendo, sin embargo, un cambio entre la acogida que le dispensaba entonces y la que en otras ocasiones le había dispensado, demostrándole menos familiaridad y menos dureza. Mr. Fouché dijo á Napo-

león que había hecho bien en volver, porque la Francia no podía sostenerse como estaba por más tiempo, y no dejó de contar con una especie de superioridad que él, duque de Otranto, era quien había hecho salir á las tropas de Flandes para operar una diversión en su favor, y que si este movimiento no había obtenido éxito había sido causa del aturdimiento de los encargados de ejecutarle.

Napoleón escuchó complaciente lo que Mr. Fouché y otros más le hablaron para darse importancia. «Veo, les dijo, que se ha conspirado, y continuó diciéndoles al mismo tiempo que sonreía, quiero creer que ha sido en mi favor. Por mi parte, yo no he conspirado con nadie. Mis únicos corresponsales han sido los periódicos. Cuando he visto al leerlos el comportamiento que se usaba con el ejército, con los poseedores de bienes nacionales y en general con todos los hombres que habían hecho causa común con la revolución, no he dudado un instante de los sentimientos que animaban á la Francia, y por eso he resuelto volver á libertarla de la influencia de los emigrados. Por otra parte, estaba seguro de que querían apoderarse de mí para transportarme á los trópicos; y escogí el momento en que el congreso debía hallarse disuelto, aprovechándome de la duración de las noches para llevar á cabo mi evasión. Habiendo escapado con bien de los peligros del mar, me presenté á los soldados preguntándoles si querían tirar sobre mí; ellos me respondieron gritando *¡viva el emperador!* Los moradores del campo han repetido este grito, añadiendo *¡abajo los nobles!, ¡abajo los curas!* Me han seguido de ciudad en ciudad, y cuando no podían seguir más adelante encargaban á otros el cuidado de escoltarme hasta París. Después de los provenzales, los habitantes del Delfinado; después de éstos, los lyoneses; después de los lyoneses, los borgoñones han formado mi séquito, y los verdaderos conspiradores que me han procurado todos estos amigos han sido los Borbones. En lo sucesivo, será preciso aprovechar la experiencia de sus faltas y de las nuestras, añadió inclinando la cabeza con una sonrisa modesta. No se trata de renovar el pasado: he vivido un año en la isla de Elba, y allí, sepultado lo mismo que en una tumba, he podido oír la voz de la posteridad. Sé lo que es necesario evitar y lo que es necesario querer. En otro tiempo me dejaba alucinar por los magníficos ensueños que forjaba mi imaginación para la Francia: estos ensueños eran perdonables al día siguiente de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de Friedland. No hay para qué deciros que he renunciado á ellos... Por desgracia, después de lo que he visto no puedo soñar más. Quiero la paz, y yo que nunca hubiera consentido en firmar el tratado de París, me comprometo hoy que ya está firmado en ejecutarle fielmente. He escrito á Viena, á mi esposa, á mi padre político, ofreciéndoles la paz bajo estas condiciones. No cabe duda en que es muy grande el odio que nos profesan, pero dejando á cada cual lo que ha cogido, acaso el interés enmudecerá á la pasión. El Austria tiene poderosos motivos para tratarnos con consideración; Inglaterra se halla agobiada por sus deudas: sólo Alejandro por vanidad y los prusianos por odio volverían á encender la guerra, pero en este caso no se sabe de cierto si serían secundados. De todos modos nosotros estaremos prevenidos, y si después de habernos presentado á la

Europa con el tratado de París en la mano no nos escuchan, pediremos á Dios que nos ayude, y yo lo espero, seremos victoriosos una vez más. Pero no es sólo la paz, continuó diciendo Napoleón, lo que quiero dar á la Francia, sino también la libertad. Nuestra misión es hacer resueltamente y bien todo lo que los Borbones no han sabido hacer. Ellos han alarmado los intereses legítimos de la revolución, y han ultrajado nuestra gloria aún queriendo lisonjear á los jefes del ejército: es necesario tranquilizar estos intereses y devolver su esplendor á esta gloria. Aún más: es necesario otorgar francamente la libertad que ellos han concedido por fuerza y procurado retirarla con una mano mientras que la ofrecían con la otra. He querido el poder ilimitado y lo necesitaba cuando me proponía reorganizar la Francia y fundar en ella un gran imperio. Hoy no lo necesito... Que se me deje apaciguar ó vencer al extranjero y me contentaré después con la autoridad de un rey constitucional. Ya no soy joven y no tardará en faltarme la actividad que he tenido antes de ahora; por lo demás, será bastante para mi hijo una autoridad semejante á la de un rey de Inglaterra... Pero guardémonos de obrar con desacierto y de fracasar en nuestros ensayos de libertad, porque entonces devolveríamos á la Francia la afición al poder absoluto. Por mi parte sólo aspiro á la gloria de salvar la causa de la revolución, de salvar nuestra independencia con la política y la victoria, y después preparar á mi hijo un trono constitucional. Si lograse desempeñar con éxito esta doble misión, me creería bastante poderoso. Después de consagrar mis primeros desvelos á la reorganización de nuestro ejército y al restablecimiento de nuestras relaciones con la Europa, me ocuparé con vosotros en el examen de nuestras constituciones y las adaptaremos al estado de los ánimos. Sin perder un instante, desde mañana mismo devolveremos la libertad á la prensa. ¡La libertad á la prensa!, exclamó Napoleón, ¿por qué temerla yo en lo sucesivo?... Después de lo que ha escrito desde hace un año, nada más tiene que decir de mí y aún le queda algo que decir de mis adversarios.»

Estos discursos, cuyo contenido extractamos, dirigidos á unos y á otros con una inteligencia superior, con una naturalidad perfecta y una completa apariencia de buena fe, satisfacían de tal manera las exigencias del momento y las preocupaciones de los que los escuchaban, que á ninguno se le ocurrió poner en duda su sinceridad. Es cierto que si la emoción hubiera permitido reflexionar á las personas precavidas, se hubieran preguntado hasta qué punto sería capaz Napoleón de someter su carácter á las duras pruebas de la libertad; pero hasta estas mismas personas precavidas, preocupadas por el prodigio de una reacción tan milagrosamente realizada, procuraban más bien disfrutar del presente que interrogar al porvenir para buscar en él motivo de tristeza.

De cualquier modo, apenas acostumbraba Napoleón, por más que fuese elocuente y le gustase hablar, á perder el tiempo pronunciando inútiles discursos. Lo que había dicho era necesario para manifestar á todos las disposiciones que le animaban. También había otra cosa tan necesaria y tan apremiante, la formación de un ministerio. En otro tiempo, cuando Napoleón era todo, el conjunto y el detalle del gobierno, formar un ministerio no era una cuestión de gran importancia; pero

entonces, cuando quería asociar el país á su acción y probarle sus intenciones por medio de la elección de sus ministros, se veía obligado á emplear para nombrarlos mucha reflexión, mucho discernimiento, porque estos ministros no serían como los anteriores unos simples dependientes.

Después de haber conferenciado aquella misma noche con el príncipe Cambaceres, cuyo buen criterio estimaba sobre manera, y con Mr. de Basano, cuya invariable adhesión había tenido ocasión de reconocer, formó Napoleón la lista de sus ministros con su habitual prontitud de resolución. Entre ellos había algunos que no era necesario más que reponerlos en sus puestos, porque merecían conservarse bajo todos los regímenes: el duque Decrés en el ministerio de Marina, el duque de Gaeta en el de Hacienda, el conde Molién en la administración del Tesoro y el duque de Vicence en el ministerio de Negocios extranjeros. Respecto de estos nombramientos no se abrigaba la menor duda. No sucedía lo mismo con las carteras de la Guerra, del Interior, de la Policía y de la Justicia. Para el desempeño de estos ministerios era preciso hacer nuevas y características elecciones. El duque de Feltre había seguido á los Borbones y no había que contar con él para nada; pero se podía reemplazarle ventajosamente por un personaje que la opinión pública hubiera por sí misma indicado si hubiera tenido tiempo de hablar: este personaje era el defensor de Hamburgo, el mariscal Davout, administrador probo, firme y laborioso, y militar intrépido, reuniendo á sus méritos esenciales un mérito de circunstancia, el de haber sido el único mariscal proscrito por los Borbones. Napoleón resolvió proponerle y excitarle á aceptar la cartera de la Guerra.

Para el ministerio del Interior hubiera deseado á Mr. Lavallette, cuya rectitud de corazón igualaba á su rectitud de inteligencia, y con el cual tenía la costumbre de comunicarse sin reserva desde hacía veinte años. Le dijeron que para desempeñar un ministerio tan importante era preciso un personaje de más viso, y que significase mejor sus nuevas intenciones, y le propusieron al ilustre Carnot, tipo de los revolucionarios honrados, que reunía á sus antiguos títulos de organizador de la victoria y de proscrito del Fructidor el de defensor de Amberes y el de autor de la *Memoria al rey*. Apenas fué indicada su elección, Napoleón le aceptó con gusto. Carnot se había captado su afecto pidiendo que se utilizasen sus servicios en 1814 y resistiendo atrevidamente á la restauración. Sólo temía la significación republicana de su nombre, porque la Francia, decía, se hallaba entonces apasionada de la monarquía constitucional (hacía un año que estas palabras eran usuales), y no había dejado de causarle miedo la república. Deseando de todos modos elegir á Carnot, Napoleón ideó un medio de debilitar la significación de su nombre, dándole el título de conde en recompensa de la conducta que había observado en Amberes.

El ministerio de la Policía no era menos importante que el del Interior, y Napoleón hubiera deseado reponer en su desempeño al duque de Rovigo, por más que este último le hubiese importunado frecuentemente con su franqueza. Pero desde el instante en que habló de este nombramiento, se levantó un clamor universal, no contra la persona del duque de Rovigo, sino contra la

antigua arbitrariedad imperial de la que había sido una viva representación. Napoleón no insistió, pero acogió con disgusto el nombre del duque de Otranto, que pronunciaron simultáneamente todos los que se hallaban al lado del emperador, porque veía en Mr. Fouché algo más que un intrigante dominado siempre por el odio; veía en él un enemigo secreto, capaz de llevar á cabo las más peligrosas maquinaciones. Le manifestaron que Mr. Fouché había añadido al regicidio nuevas incompatibilidades con los Borbones, puesto que había dado lugar á que se dispusiera su prisión. «Es muy posible que haya roto sus relaciones con los Borbones, pero esto no es seguro. En todo caso, continúa siendo amigo del duque de Orleans y de la república, y de no sé qué regencia de María Luisa que ha imaginado y cuyo pensamiento abriga desde hace un año.»

A estas palabras le replicaron que el duque de Otranto, irrevocablemente separado de los Borbones por la sangre de Luis XVI y por su reciente arresto, se afiliaría por completo al imperio si se le daba la cartera de la Policía, y que por otra parte, en medio de la excitación de los partidos, sólo él poseía bastante destreza para dirigirlos, contenerlos sin lastimarlos; y en una palabra que su presencia en el ministerio era necesaria.

Napoleón no convino más que en este último mérito debido al azar, á las circunstancias, y cedió sin esperar de Mr. Fouché todos los servicios que parecían aguardar los demás; pero comprendió lo peligroso que sería tenerle por enemigo declarado negándole una posición que ambicionaba ardientemente. Sin embargo, resolvió poner á su lado un vigilante, y nombró al duque de Rovigo, que era su enemigo, jefe superior de la gendarmería. De este modo indemnizaba á su servidor leal y le ponía de centinela de un ministro en el que tenía muy poca confianza, y que se veía en la necesidad de nombrar.

Faltaba elegir un ministro de la Justicia. Napoleón quería nombrar para este cargo, al menos interinamente, al príncipe de Cambaceres, que por sí solo tenía bastante tacto y autoridad para organizar la magistratura inquieta, dividida, descontenta del espíritu retrógrado de los Borbones, pero alarmada con el espíritu emprendedor de Napoleón y no sabiendo por cuál decidirse entre los dos soberanos que se habían sucedido en el espacio de un año. Así, pues, no podía menos de aplaudirse una elección como la de Cambaceres, si Napoleón conseguía decidir al tímido archicanciller á desempeñar en el gobierno una misión cualquiera que fuese.

Los personajes cuyo consentimiento era preciso para procederse á su designación se hallaban entonces en las Tullerías, y Napoleón, aprovechando esta coyuntura, no los dejó salir, con excepción de uno solo, sin haberlos nombrado oficialmente. Mr. Decrés, Mr. de Gaeta, Mr. Molién consintieron en volver á ocupar sus antiguos puestos en los que todo el mundo esperaba verlos restablecidos; pero el duque de Vicence, inclinado en todo tiempo, y más en aquella ocasión á augurar mal del porvenir, no creía lo suficiente en la conservación de la paz para aceptar la misión de sostenerla. Resistió, pues, á las instancias de Napoleón, y á pesar de su incontestable adhesión salió de las Tullerías sin haber aceptado la cartera de los Negocios extranjeros. El príncipe de Cambaceres, disgustado de las cosas y de

los hombres, no se hallaba tampoco inclinado á encargarse de un ministerio, lo que por otra parte, tratándose de un antiguo gran dignatario, era una pérdida de categoría, por más que con el régimen constitucional anunciado un ministro responsable podía llegar á ser superior hasta á los antiguos dignatarios. Estas consideraciones no eran bastantes para decidir al príncipe de Cambaceres; pero sin embargo cedió, impelido por su adhesión, por su obediencia á Napoleón, y recibió el título de príncipe archicanciller, encargado *provisionalmente de administrar justicia*.

Napoleón llamó en seguida aparte á Davout y le comunicó sus intenciones. El mariscal expuso el deseo que tenía de servir activamente al frente de las tropas como siempre había servido, y le objetó además la poca simpatía que inspiraba al ejército en donde su severidad se había hecho proverbial. «Precisamente esa severidad unida á vuestra incontestable honradez, le respondió Napoleón, es lo que yo necesito. El ejército está infectado por el favoritismo desde hace un año. Los Borbones han prodigado los grados. Todos los que han abrazado mi causa, y su número es considerable, esperan verse favorecidos á su vez, y su avidez no será menos escasa. Necesito, pues, un ministro inflexible, y cuya imparcial justicia, guiada sólo por el sentimiento del bien público, no pueda ser tachada de tendencia al realismo. Vuestra situación os coloca al abrigo de toda sospecha y podéis prestarme servicios que no espero de ningún otro.» Al ver que el mariscal continuaba resistiéndose á aceptar el destino que le ofrecía el emperador, añadió: «Sois un hombre leal y puedo confiaros mi secreto. He hecho creer que estoy de acuerdo con una al menos de las potencias extranjeras, y particularmente que sostengo comunicaciones confidenciales con mi padre político, el emperador de Austria; pero nada de esto existe. Me hallo solo, solo, ¿lo oís?, solo y enfrente de la Europa, á la que me temo encontrar unida é implacable. Es necesario, pues, que peleemos hasta más no poder, y preparar para esto en el espacio de tres meses recursos formidables. Tengo necesidad de un administrador tan íntegro como infatigable, y además cuando yo vaya á ponerme á la cabeza del ejército me hace falta contar con una persona fiel á quien poder delegar una autoridad absoluta sobre París. Ya veis que no se trata de satisfacer nuestras inclinaciones, sino de vencer ó morir. Nuestra existencia depende de esto.» Al oír estas francas y enérgicas palabras, obedeció el mariscal Davout como soldado, y aceptó el ministerio de la Guerra, cambiando con Napoleón un fuerte apretón de manos.

Napoleón conversó en seguida con el duque de Rovigo, y con su acostumbrada destreza le habló del ministerio de la Policía, del modo más á propósito para provocar una negativa. Este fiel servidor comprendía en efecto que la policía no podía continuar ya bajo su dirección, y por sí mismo expuso las razones que tenía para no encargarse de ella. Napoleón, fingiendo doblegarse á sus deseos, le anunció que le confiaba la gendarmería, y por consiguiente la misión de vigilar á Mr. Fouché. Por último llamó aparte al duque de Otranto, y éste último, ¿quién lo creería?, hubiera deseado encargarse, no de la Policía, para cuyo desempeño era tan apto, sino de los Negocios extranjeros. Del mismo

modo que Mr. de Talleyrand era el intermediario de los Borbones para con la Europa, hubiera querido ser para con ella el intermediario de Napoleón. Tenía la presunción de creer que podría con sus intrigas en el exterior ó atraerse en favor de Napoleón las potencias europeas, ó, si esto era imposible, obligarlas á aceptar un soberano de su elección, tal como María Luisa, el duque de Orleans, ú otro cualquiera; persuadiéndose de que de este modo llegaría con más seguridad á desempeñar el gran papel con que soñaba desde que estaba abierta la carrera de las revoluciones. Se atrevió, pues, á insinuar que sería más útil en el exterior que en el interior. Napoleón, que con un solo golpe de vista había adivinado la inmensa vanidad de Mr. Fouché, contuvo su risa porque la desgracia le había enseñado á contenerse; y se excusó de no ponerle al frente de los Negocios extranjeros citando el nombre del duque de Vicence ante el cual toda pretensión debía enmudecer. Por otra parte, le habló de los grandes servicios que estaba llamado á prestar en el desempeño del ministerio de la Policía, y entonces Mr. Fouché aceptó el destino que le ofrecía en la seguridad de que no conseguiría obtener ningún otro.

Sólo faltaba el consentimiento del futuro ministro del Interior; pero el salvaje Carnot no se hallaba en las Tullerías. Viviendo aislado en uno de los arrabales de París, no llegando á su noticia los sucesos más que cuando llegaban á la del público, ignoraba todavía la entrada de Napoleón en palacio, y como era tarde no le quiso llamar aquella noche y le citó para el día siguiente por la mañana.

De este modo terminó el día 20 de marzo, comenzado en el bosque de Fontainebleau y concluido en París en medio de la antigua corte imperial con la formación de un ministerio. Se acordó que el *Monitor* del día siguiente publicase los nuevos nombramientos, excepto los de Mr. Carnot y Mr. de Caulaincourt. Mr. de Basano, siempre adicto al emperador, volvió á encargarse de la secretaría de Estado; Mr. Lavallette de la dirección de Correos, y todos los antiguos presidentes del consejo de Estado fueron respuestos en sus destinos.

El día 21, después de algunas breves horas de descanso, emprendió de nuevo Napoleón la activa correspondencia por medio de la cual ponía en movimiento tan poderosamente los resortes del gobierno. Desde luego trazó al mariscal Davout la conducta que debía observar para recoger todos los hilos de la vasta administración que las circunstancias iban á hacer tan importantes. Le ordenó anunciar á toda la Francia cuánto se había verificado durante el 20 de marzo, por medio del telégrafo ó de correos extraordinarios, á fin de decidir á las tropas que todavía no habían manifestado sus sentimientos, y á las autoridades locales que titubeaban respecto del partido que deberían tomar.

Le recomendó que enviase oficiales atrevidos é inteligentes á los departamentos, en los que los prefectos quisieran resistirse al restablecimiento del imperio, á fin de utilizar las tropas en contra de ellos; que sobre todo comunicase instrucciones á los comandantes de las plazas fronterizas para que enarbolasen en ellas la bandera tricolor y cerrasen las puertas al enemigo que acaso intentaría sorprenderlas. Prescribió al ministro de la Policía que se ocupase inmediatamente de los prefectos y

guerra una asamblea revolucionaria que cohiba su acción. — Se decide á redactar por sí mismo ó á mandar redactar una nueva constitución, para presentarla á la adopción de la Francia. — Habiendo sabido que Mr. Benjamín Constant ha permanecido oculto en París, le llama y le confía la redacción de la nueva constitución. — Napoleón se muestra de acuerdo en todos los puntos con Mr. Constant, excepto en el de la abolición de la confiscación, la dignidad de par hereditaria y el título de la nueva constitución. — Napoleón quiere absolutamente calificarla de *Acta adicional á las Constituciones del Imperio*. — El proyecto pasa al consejo de Estado, y Mr. Benjamín Constant es nombrado consejero para defender su obra. — Redacción definitiva y promulgación de la nueva constitución bajo el título de *Acta adicional*. — Carácter de la citada Acta.

Durante la noche del 20 de marzo presentó el palacio de las Tullerías el espectáculo de una alegría confusa y ruidosa, que el respeto, siempre muy aminorado por las revoluciones, no contenía ya; causado por encuentros fortuitos de personajes que no se habían visto desde hacía un año, y que no creían volverse á ver en aquel palacio. Desde el instante en que se aparecía uno en el que se había dejado de pensar y que poseía el mérito entonces muy raro de no haber obtenido ningún favor de los Borbones, se le aplaudía olvidando la majestad del sitio en que se hallaban y del señor que había tornado á habitarle. Se vió con mucho interés desfilar á través de las filas apretadas de aquella multitud á la reina de España y la reina Hortensia: ésta, como hemos dicho, protegida por el emperador Alejandro, había permanecido en París, donde había obtenido para sus hijos el ducado de Saint Leu. El emperador, afectuoso para con todos los asistentes sólo fué severo para con ella. «¡Vos en París!, dijo al apercibirla: vos sois la única persona á quien no hubiera querido hallar aquí. — He permanecido, le respondió llorando, para cuidar á mi madre. — Pero después de la muerte de vuestra madre... — Después de su muerte, he hallado en el emperador Alejandro un protector para mis hijos, y ¡me he esforzado en asegurar su porvenir!... — ¡Vuestros hijos!... Mejor les convendría la miseria y el destierro que la protección del emperador de Rusia. — Pero vos, señor, ¿no habéis consentido en que el rey de Roma debiese el ducado de Parma á la generosidad de este príncipe?» No contestando nada á este argumento perentorio, Napoleón continuó diciendo: «Y vuestra demanda, ¿quién os la ha aconsejado? (La princesa había litigado ante los tribunales franceses para disputar sus hijos á su marido.) Os han hecho descubrir miserias de familia que debían ocultarse y habéis perdido sin embargo vuestro pleito... Os está bien empleado...» No tardando en sentir esta severidad, y abriendo los brazos á una hija adoptiva á quien amaba, Napoleón la besó diciéndola: «Soy buen padre, vos lo sabéis, no hablemos más de eso... ¿Conque habéis visto morir á la pobre Josefina? En medio de nuestros desastres su muerte me destroza el corazón...» Terminada esta breve explicación, Napoleón se convirtió para con la reina en el padre más afectuoso y continuó mostrándose de este modo durante su permanencia en Francia.

Después se vió llegar al príncipe Cambaceres, estropeado, envejecido, sin poder apenas sostener su alegría, y á Mr. de Basano, más entusiasmado aún por volver á encontrar á su señor que por recobrar el favor soberano. Napoleón acogió al primero con la consideración que siempre había manifestado hacia su alta prudencia, y al segundo con una amistad comunicativa. Habló largamente con los dos, y después tocó su vez á los duques de Vicence, de Gaeta, de Rovigo, Decrés, los condes Mollién, Regnaud de Saint Jean d'Angely, Lavallette

y Defermón. Un murmullo favorable conforme á su reciente conducta saludó á estos diversos personajes. Cuando se presentó el mariscal Davout, á quien su memorable defensa de Hamburgo y su proscripción habían conquistado el cariño de los bonapartistas, estallaron ruidosos aplausos, y fué preciso recordar á los asistentes que no se hallaban en un paraje público.

Napoleón no había visto al mariscal desde su lúgubre separación en Smorgoni en 1812 cuando abandonó el ejército inferior del Elba, y encerrado después en Hamburgo, había hecho ondear en esta plaza la bandera tricolor hasta el final del mes de abril enfrente de todos los ejércitos europeos, y cuando volvió á París hacía ya dos meses que reinaban los Borbones. Napoleón le abrazó, le felicitó por su gloriosa defensa de Hamburgo, le habló de su memoria justificativa, aplaudiéndola mucho, y añadió maliciosamente: «He visto con placer al leer vuestra memoria que mis cartas os han sido útiles...» El mariscal había efectivamente citado para justificarse algunos fragmentos de las terribles cartas que Napoleón le había escrito desde Dresde, omitiendo sin embargo los que proscribían rigores excesivos, que por lo demás no habían sido puestos en ejecución. «No he citado, respondió el mariscal, más que una parte muy pequeña de las cartas de V. M. porque os hallabais ausente... Hoy las citaré por completo.» Napoleón se sonrió al oír esta respuesta, y demostró al mariscal la mayor estimación.

No tardó en aparecer un personaje completamente distinto de los anteriores, á quienes los imbéciles cortesanos se apresuraron á conducir á presencia del emperador como el hombre cuya adhesión era de mayor precio: este personaje era el duque de Otranto. A fuerza de representar el papel de hombre necesario, Mr. Fouché llegó á serlo en realidad á los ojos del público, y le consideraban como el autor de la pretendida conspiración cuyo triunfo parecía ser el espectáculo de cuanto estaba sucediendo: funesta quimera, en la que los bonapartistas tenían la tontería de creer, que los emigrados fugitivos se prometían castigar con sangre, y que debía hacer caer las cabezas más ilustres. Los cortesanos de que hemos hablado abultaron á los ojos de Napoleón los servicios, hasta los peligros que Mr. Fouché había corrido, y al divisarle le gritaron: ¡Dejad pasar al duque de Otranto!, como si este personaje hubiese debido conducir encadenados á los pies de Napoleón á todos los partidos de los que se le suponía el secreto motor. Napoleón no se hacía la ilusión que llenaba la mente de los demás, pero comprendiendo la necesidad que tenía de complacer á todo el mundo, recibió á Mr. Fouché como á un antiguo amigo de la revolución y del imperio, introduciendo, sin embargo, un cambio entre la acogida que le dispensaba entonces y la que en otras ocasiones le había dispensado, demostrándole menos familiaridad y menos dureza. Mr. Fouché dijo á Napo-

león que había hecho bien en volver, porque la Francia no podía sostenerse como estaba por más tiempo, y no dejó de contar con una especie de superioridad que él, duque de Otranto, era quien había hecho salir á las tropas de Flandes para operar una diversión en su favor, y que si este movimiento no había obtenido éxito había sido causa del aturdimiento de los encargados de ejecutarle.

Napoleón escuchó complaciente lo que Mr. Fouché y otros más le hablaron para darse importancia. «Veo, les dijo, que se ha conspirado, y continuó diciéndoles al mismo tiempo que sonreía, quiero creer que ha sido en mi favor. Por mi parte, yo no he conspirado con nadie. Mis únicos corresponsales han sido los periódicos. Cuando he visto al leerlos el comportamiento que se usaba con el ejército, con los poseedores de bienes nacionales y en general con todos los hombres que habían hecho causa común con la revolución, no he dudado un instante de los sentimientos que animaban á la Francia, y por eso he resuelto volver á libertarla de la influencia de los emigrados. Por otra parte, estaba seguro de que querían apoderarse de mí para transportarme á los trópicos; y escogí el momento en que el congreso debía hallarse disuelto, aprovechándome de la duración de las noches para llevar á cabo mi evasión. Habiendo escapado con bien de los peligros del mar, me presenté á los soldados preguntándoles si querían tirar sobre mí; ellos me respondieron gritando *¡viva el emperador!* Los moradores del campo han repetido este grito, añadiendo *¡abajo los nobles!, ¡abajo los curas!* Me han seguido de ciudad en ciudad, y cuando no podían seguir más adelante encargaban á otros el cuidado de escoltarme hasta París. Después de los provenzales, los habitantes del Delfinado; después de éstos, los lyoneses; después de los lyoneses, los borgoñones han formado mi séquito, y los verdaderos conspiradores que me han procurado todos estos amigos han sido los Borbones. En lo sucesivo, será preciso aprovechar la experiencia de sus faltas y de las nuestras, añadió inclinando la cabeza con una sonrisa modesta. No se trata de renovar el pasado: he vivido un año en la isla de Elba, y allí, sepultado lo mismo que en una tumba, he podido oír la voz de la posteridad. Sé lo que es necesario evitar y lo que es necesario querer. En otro tiempo me dejaba alucinar por los magníficos ensueños que forjaba mi imaginación para la Francia: estos ensueños eran perdonables al día siguiente de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de Friedland. No hay para qué deciros que he renunciado á ellos... Por desgracia, después de lo que he visto no puedo soñar más. Quiero la paz, y yo que nunca hubiera consentido en firmar el tratado de París, me comprometo hoy que ya está firmado en ejecutarle fielmente. He escrito á Viena, á mi esposa, á mi padre político, ofreciéndoles la paz bajo estas condiciones. No cabe duda en que es muy grande el odio que nos profesan, pero dejando á cada cual lo que ha cogido, acaso el interés enmudecerá á la pasión. El Austria tiene poderosos motivos para tratarnos con consideración; Inglaterra se halla agobiada por sus deudas: sólo Alejandro por vanidad y los prusianos por odio volverían á encender la guerra, pero en este caso no se sabe de cierto si serían secundados. De todos modos nosotros estaremos prevenidos, y si después de habernos presentado á la

Europa con el tratado de París en la mano no nos escuchan, pediremos á Dios que nos ayude, y yo lo espero, seremos victoriosos una vez más. Pero no es sólo la paz, continuó diciendo Napoleón, lo que quiero dar á la Francia, sino también la libertad. Nuestra misión es hacer resueltamente y bien todo lo que los Borbones no han sabido hacer. Ellos han alarmado los intereses legítimos de la revolución, y han ultrajado nuestra gloria aún queriendo lisonjear á los jefes del ejército: es necesario tranquilizar estos intereses y devolver su esplendor á esta gloria. Aún más: es necesario otorgar francamente la libertad que ellos han concedido por fuerza y procurado retirarla con una mano mientras que la ofrecían con la otra. He querido el poder ilimitado y lo necesitaba cuando me proponía reorganizar la Francia y fundar en ella un gran imperio. Hoy no lo necesito... Que se me deje apaciguar ó vencer al extranjero y me contentaré después con la autoridad de un rey constitucional. Ya no soy joven y no tardará en faltarme la actividad que he tenido antes de ahora; por lo demás, será bastante para mi hijo una autoridad semejante á la de un rey de Inglaterra... Pero guardémonos de obrar con desacierto y de fracasar en nuestros ensayos de libertad, porque entonces devolveríamos á la Francia la afición al poder absoluto. Por mi parte sólo aspiro á la gloria de salvar la causa de la revolución, de salvar nuestra independencia con la política y la victoria, y después preparar á mi hijo un trono constitucional. Si lograse desempeñar con éxito esta doble misión, me creería bastante poderoso. Después de consagrar mis primeros desvelos á la reorganización de nuestro ejército y al restablecimiento de nuestras relaciones con la Europa, me ocuparé con vosotros en el examen de nuestras constituciones y las adaptaremos al estado de los ánimos. Sin perder un instante, desde mañana mismo devolveremos la libertad á la prensa. ¡La libertad á la prensa!, exclamó Napoleón, ¿por qué temerla yo en lo sucesivo?... Después de lo que ha escrito desde hace un año, nada más tiene que decir de mí y aún le queda algo que decir de mis adversarios.»

Estos discursos, cuyo contenido extractamos, dirigidos á unos y á otros con una inteligencia superior, con una naturalidad perfecta y una completa apariencia de buena fe, satisfacían de tal manera las exigencias del momento y las preocupaciones de los que los escuchaban, que á ninguno se le ocurrió poner en duda su sinceridad. Es cierto que si la emoción hubiera permitido reflexionar á las personas precavidas, se hubieran preguntado hasta qué punto sería capaz Napoleón de someter su carácter á las duras pruebas de la libertad; pero hasta estas mismas personas precavidas, preocupadas por el prodigio de una reacción tan milagrosamente realizada, procuraban más bien disfrutar del presente que interrogar al porvenir para buscar en él motivo de tristeza.

De cualquier modo, apenas acostumbraba Napoleón, por más que fuese elocuente y le gustase hablar, á perder el tiempo pronunciando inútiles discursos. Lo que había dicho era necesario para manifestar á todos las disposiciones que le animaban. También había otra cosa tan necesaria y tan apremiante, la formación de un ministerio. En otro tiempo, cuando Napoleón era todo, el conjunto y el detalle del gobierno, formar un ministerio no era una cuestión de gran importancia; pero

entonces, cuando quería asociar el país á su acción y probarle sus intenciones por medio de la elección de sus ministros, se veía obligado á emplear para nombrarlos mucha reflexión, mucho discernimiento, porque estos ministros no serían como los anteriores unos simples dependientes.

Después de haber conferenciado aquella misma noche con el príncipe Cambaceres, cuyo buen criterio estimaba sobre manera, y con Mr. de Basano, cuya invariable adhesión había tenido ocasión de reconocer, formó Napoleón la lista de sus ministros con su habitual prontitud de resolución. Entre ellos había algunos que no era necesario más que reponerlos en sus puestos, porque merecían conservarse bajo todos los regímenes: el duque Decrés en el ministerio de Marina, el duque de Gaeta en el de Hacienda, el conde Molién en la administración del Tesoro y el duque de Vicence en el ministerio de Negocios extranjeros. Respecto de estos nombramientos no se abrigaba la menor duda. No sucedía lo mismo con las carteras de la Guerra, del Interior, de la Policía y de la Justicia. Para el desempeño de estos ministerios era preciso hacer nuevas y características elecciones. El duque de Feltré había seguido á los Borbones y no había que contar con él para nada; pero se podía reemplazarle ventajosamente por un personaje que la opinión pública hubiera por sí misma indicado si hubiera tenido tiempo de hablar: este personaje era el defensor de Hamburgo, el mariscal Davout, administrador probo, firme y laborioso, y militar intrépido, reuniendo á sus méritos esenciales un mérito de circunstancia, el de haber sido el único mariscal proscrito por los Borbones. Napoleón resolvió proponerle y excitarle á aceptar la cartera de la Guerra.

Para el ministerio del Interior hubiera deseado á Mr. Lavallette, cuya rectitud de corazón igualaba á su rectitud de inteligencia, y con el cual tenía la costumbre de comunicarse sin reserva desde hacía veinte años. Le dijeron que para desempeñar un ministerio tan importante era preciso un personaje de más viso, y que significase mejor sus nuevas intenciones, y le propusieron al ilustre Carnot, tipo de los revolucionarios honrados, que reunía á sus antiguos títulos de organizador de la victoria y de proscrito del Fructidor el de defensor de Amberes y el de autor de la *Memoria al rey*. Apenas fué indicada su elección, Napoleón le aceptó con gusto. Carnot se había captado su afecto pidiendo que se utilizasen sus servicios en 1814 y resistiendo atrevidamente á la restauración. Sólo temía la significación republicana de su nombre, porque la Francia, decía, se hallaba entonces apasionada de la monarquía constitucional (hacía un año que estas palabras eran usuales), y no había dejado de causarle miedo la república. Deseando de todos modos elegir á Carnot, Napoleón ideó un medio de debilitar la significación de su nombre, dándole el título de conde en recompensa de la conducta que había observado en Amberes.

El ministerio de la Policía no era menos importante que el del Interior, y Napoleón hubiera deseado reponer en su desempeño al duque de Rovigo, por más que este último le hubiese importunado frecuentemente con su franqueza. Pero desde el instante en que habló de este nombramiento, se levantó un clamor universal, no contra la persona del duque de Rovigo, sino contra la

antigua arbitrariedad imperial de la que había sido una viva representación. Napoleón no insistió, pero acogió con disgusto el nombre del duque de Otranto, que pronunciaron simultáneamente todos los que se hallaban al lado del emperador, porque veía en Mr. Fouché algo más que un intrigante dominado siempre por el odio; veía en él un enemigo secreto, capaz de llevar á cabo las más peligrosas maquinaciones. Le manifestaron que Mr. Fouché había añadido al regicidio nuevas incompatibilidades con los Borbones, puesto que había dado lugar á que se dispusiera su prisión. «Es muy posible que haya roto sus relaciones con los Borbones, pero esto no es seguro. En todo caso, continúa siendo amigo del duque de Orleans y de la república, y de no sé qué regencia de María Luisa que ha imaginado y cuyo pensamiento abriga desde hace un año.»

A estas palabras le replicaron que el duque de Otranto, irrevocablemente separado de los Borbones por la sangre de Luis XVI y por su reciente arresto, se afiliaría por completo al imperio si se le daba la cartera de la Policía, y que por otra parte, en medio de la excitación de los partidos, sólo él poseía bastante destreza para dirigirlos, contenerlos sin lastimarlos; y en una palabra que su presencia en el ministerio era necesaria.

Napoleón no convino más que en este último mérito debido al azar, á las circunstancias, y cedió sin esperar de Mr. Fouché todos los servicios que parecían aguardar los demás; pero comprendió lo peligroso que sería tenerle por enemigo declarado negándole una posición que ambicionaba ardientemente. Sin embargo, resolvió poner á su lado un vigilante, y nombró al duque de Rovigo, que era su enemigo, jefe superior de la gendarmería. De este modo indemnizaba á su servidor leal y le ponía de centinela de un ministro en el que tenía muy poca confianza, y que se veía en la necesidad de nombrar.

Faltaba elegir un ministro de la Justicia. Napoleón quería nombrar para este cargo, al menos interinamente, al príncipe de Cambaceres, que por sí solo tenía bastante tacto y autoridad para organizar la magistratura inquieta, dividida, descontenta del espíritu retrógrado de los Borbones, pero alarmada con el espíritu emprendedor de Napoleón y no sabiendo por cuál decidirse entre los dos soberanos que se habían sucedido en el espacio de un año. Así, pues, no podía menos de aplaudirse una elección como la de Cambaceres, si Napoleón conseguía decidir al tímido archicanciller á desempeñar en el gobierno una misión cualquiera que fuese.

Los personajes cuyo consentimiento era preciso para procederse á su designación se hallaban entonces en las Tullerías, y Napoleón, aprovechando esta coyuntura, no los dejó salir, con excepción de uno solo, sin haberlos nombrado oficialmente. Mr. Decrés, Mr. de Gaeta, Mr. Molién consintieron en volver á ocupar sus antiguos puestos en los que todo el mundo esperaba verlos restablecidos; pero el duque de Vicence, inclinado en todo tiempo, y más en aquella ocasión á augurar mal del porvenir, no creía lo suficiente en la conservación de la paz para aceptar la misión de sostenerla. Resistió, pues, á las instancias de Napoleón, y á pesar de su incontestable adhesión salió de las Tullerías sin haber aceptado la cartera de los Negocios extranjeros. El príncipe de Cambaceres, disgustado de las cosas y de

los hombres, no se hallaba tampoco inclinado á encargarse de un ministerio, lo que por otra parte, tratándose de un antiguo gran dignatario, era una pérdida de categoría, por más que con el régimen constitucional anunciado un ministro responsable podía llegar á ser superior hasta á los antiguos dignatarios. Estas consideraciones no eran bastantes para decidir al príncipe de Cambaceres; pero sin embargo cedió, impelido por su adhesión, por su obediencia á Napoleón, y recibió el título de príncipe archicanciller, encargado *provisionalmente de administrar justicia*.

Napoleón llamó en seguida aparte á Davout y le comunicó sus intenciones. El mariscal expuso el deseo que tenía de servir activamente al frente de las tropas como siempre había servido, y le objetó además la poca simpatía que inspiraba al ejército en donde su severidad se había hecho proverbial. «Precisamente esa severidad unida á vuestra incontestable honradez, le respondió Napoleón, es lo que yo necesito. El ejército está infectado por el favoritismo desde hace un año. Los Borbones han prodigado los grados. Todos los que han abrazado mi causa, y su número es considerable, esperan verse favorecidos á su vez, y su avidez no será menos escasa. Necesito, pues, un ministro inflexible, y cuya imparcial justicia, guiada sólo por el sentimiento del bien público, no pueda ser tachada de tendencia al realismo. Vuestra situación os coloca al abrigo de toda sospecha y podéis prestarme servicios que no espero de ningún otro.» Al ver que el mariscal continuaba resistiéndose á aceptar el destino que le ofrecía el emperador, añadió: «Sois un hombre leal y puedo confiaros mi secreto. He hecho creer que estoy de acuerdo con una al menos de las potencias extranjeras, y particularmente que sostengo comunicaciones confidenciales con mi padre político, el emperador de Austria; pero nada de esto existe. Me hallo solo, solo, ¿lo oís?, solo y enfrente de la Europa, á la que me temo encontrar unida é implacable. Es necesario, pues, que peleemos hasta más no poder, y preparar para esto en el espacio de tres meses recursos formidables. Tengo necesidad de un administrador tan íntegro como infatigable, y además cuando yo vaya á ponerme á la cabeza del ejército me hace falta contar con una persona fiel á quien poder delegar una autoridad absoluta sobre París. Ya veis que no se trata de satisfacer nuestras inclinaciones, sino de vencer ó morir. Nuestra existencia depende de esto.» Al oír estas francas y enérgicas palabras, obedeció el mariscal Davout como soldado, y aceptó el ministerio de la Guerra, cambiando con Napoleón un fuerte apretón de manos.

Napoleón conversó en seguida con el duque de Rovigo, y con su acostumbrada destreza le habló del ministerio de la Policía, del modo más á propósito para provocar una negativa. Este fiel servidor comprendía en efecto que la policía no podía continuar ya bajo su dirección, y por sí mismo expuso las razones que tenía para no encargarse de ella. Napoleón, fingiendo doblegarse á sus deseos, le anunció que le confiaba la gendarmería, y por consiguiente la misión de vigilar á Mr. Fouché. Por último llamó aparte al duque de Otranto, y éste último, ¿quién lo creería?, hubiera deseado encargarse, no de la Policía, para cuyo desempeño era tan apto, sino de los Negocios extranjeros. Del mismo

modo que Mr. de Talleyrand era el intermediario de los Borbones para con la Europa, hubiera querido ser para con ella el intermediario de Napoleón. Tenía la presunción de creer que podría con sus intrigas en el exterior ó atraerse en favor de Napoleón las potencias europeas, ó, si esto era imposible, obligarlas á aceptar un soberano de su elección, tal como María Luisa, el duque de Orleans, ú otro cualquiera; persuadiéndose de que de este modo llegaría con más seguridad á desempeñar el gran papel con que soñaba desde que estaba abierta la carrera de las revoluciones. Se atrevió, pues, á insinuar que sería más útil en el exterior que en el interior. Napoleón, que con un solo golpe de vista había adivinado la inmensa vanidad de Mr. Fouché, contuvo su risa porque la desgracia le había enseñado á contenerse; y se excusó de no ponerle al frente de los Negocios extranjeros citando el nombre del duque de Vicence ante el cual toda pretensión debía enmudecer. Por otra parte, le habló de los grandes servicios que estaba llamado á prestar en el desempeño del ministerio de la Policía, y entonces Mr. Fouché aceptó el destino que le ofrecía en la seguridad de que no conseguiría obtener ningún otro.

Sólo faltaba el consentimiento del futuro ministro del Interior; pero el salvaje Carnot no se hallaba en las Tullerías. Viviendo aislado en uno de los arrabales de París, no llegando á su noticia los sucesos más que cuando llegaban á la del público, ignoraba todavía la entrada de Napoleón en palacio, y como era tarde no le quiso llamar aquella noche y le citó para el día siguiente por la mañana.

De este modo terminó el día 20 de marzo, comenzado en el bosque de Fontainebleau y concluido en París en medio de la antigua corte imperial con la formación de un ministerio. Se acordó que el *Monitor* del día siguiente publicase los nuevos nombramientos, excepto los de Mr. Carnot y Mr. de Caulaincourt. Mr. de Basano, siempre adicto al emperador, volvió á encargarse de la secretaría de Estado; Mr. Lavallette de la dirección de Correos, y todos los antiguos presidentes del consejo de Estado fueron respuestos en sus destinos.

El día 21, después de algunas breves horas de descanso, emprendió de nuevo Napoleón la activa correspondencia por medio de la cual ponía en movimiento tan poderosamente los resortes del gobierno. Desde luego trazó al mariscal Davout la conducta que debía observar para recoger todos los hilos de la vasta administración que las circunstancias iban á hacer tan importantes. Le ordenó anunciar á toda la Francia cuánto se había verificado durante el 20 de marzo, por medio del telégrafo ó de correos extraordinarios, á fin de decidir á las tropas que todavía no habían manifestado sus sentimientos, y á las autoridades locales que titubeaban respecto del partido que deberían tomar.

Le recomendó que enviase oficiales atrevidos é inteligentes á los departamentos, en los que los prefectos quisieran resistirse al restablecimiento del imperio, á fin de utilizar las tropas en contra de ellos; que sobre todo comunicase instrucciones á los comandantes de las plazas fronterizas para que enarbolasen en ellas la bandera tricolor y cerrasen las puertas al enemigo que acaso intentaría sorprenderlas. Prescribió al ministro de la Policía que se ocupase inmediatamente de los prefectos y